

ESTADO ACTUAL

DE

MARRUECOS

CONFERENCIA

DADA EN EL ATENEO DE MADRID EL 17 DE ABRIL DE 1888

POR

DON FELIPE OVILO Y CANALES

DEL CUERPO DE SANIDAD MILITAR

DIRECTOR DE LA ESCUELA ESPAÑOLA DE MEDICINA DE TÁNGER



MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Carrera de San Jerónimo, 2.

1888



R. 1.372.981

© Biblioteca Nacional de España



SEÑORES:

Ofendería vuestra mucha ilustración, y la tradicional tolerancia de esta casa, si me esforzara en demandaros indulgencia que nunca negáis al que, confesando de antemano sus escasos merecimientos, se entrega á vuestra bondad, apadrinado escasamente por su buen deseo. Seguro de que no ha de faltarme vuestro apoyo, voy á describiros en rápida reseña el *Estado actual de Marruecos*.

La situación geográfica de España, su historia, sus tradiciones, las plazas y presidios que tienen enclavados en el territorio mogrebí; todo contribuye á aumentar el interés de los españoles hacia el vetusto imperio de los scheriffes. La facilidad con que se cruza el Estrecho de Gibraltar y los perfeccionados medios de la navegación moderna, hacen efímera una frontera que tan fácil ha sido de borrar en muchas ocasiones, apuntadas fielmente por la historia, y que por ser tan conocidas de todos, es inútil enumerar. No es, pues, infundado ese interés que Marruecos despierta en todas las clases españolas, ni está injustificado del todo, mi atrevimiento al importunaros.

Aquel temido y floreciente estado musulmán que feneció en Granada; aquel pueblo hispano-árabe que tan brillantes páginas bordó en nuestra gloriosa historia;

aquellos hombres que dieron tanta vida al arte, á las ciencias y á la agricultura y que, unos por vencidos y otros por expulsados, pasaron al otro lado del Estrecho, no han dejado herederos de sus glorias. Mentira parece que aquella pléyade de ilustres maestros, cuyas lecciones se venían á escuchar desde puntos muy lejanos á Córdoba, no haya tenido discípulos, que conservaran lo que aquéllos dejaron y mucho menos que prosiguieran su obra. Aquellas Universidades famosas, entre las que no era la menos notable la hoy decadente de Fez, única que en el Mogreb se conserva, ya no despiden la luz que desgarrara las tinieblas; de aquel arte cuyas filigranas nos extasían, sólo conservan los descendientes de aquellos artistas una penumbra de lo que fué, y no hace muchos días que, tratándose de la restauración de la vieja alcazaba de Tánger, para preparar el alojamiento del Sultán, que en breve ha de visitarla, los más hábiles y famosos obreros que hoy existen en Marruecos me confesaban su impotencia para reproducir las antiguas y preciosas tallas, que la inclemencia del tiempo había borrado de algunos techos y paredes.

Y, sin embargo, entre los que me hacían con pena profundísima tal aseveración, hay tipos que recuerdan tan á lo vivo al español, ó hay en España tantos que á ellos se asemejan, que bastaría una simple mirada para adivinar que es la misma raza que pobló nuestras más ricas provincias, si datos históricos, etnográficos y antropológicos no lo afirmaran de un modo concluyente, y que aleja del ánimo toda duda.

No he de exponer las causas de tanta decadencia, bien conocidas son de todos. A la terminación del Reino de Granada, sobrevinieron en Africa una serie de guerras civiles y de atrocidades sin límite, que se oponen al progreso en todas sus manifestaciones; todos los rebeldes se apoyaban en las fanáticas masas del Sus y Tafi-

lete, compuestas de bereberes en su mayor parte, gente ignorante y bárbara, que fundaba siempre su rebelión en la defensa de la religión ultrajada, ideal invocado en todos tiempos, épocas y naciones por aquellos ambiciosos déspotas, que ordinariamente están desprovistos de razón, de derecho y de inteligencia; que hacen de lo más santo que tiene el hombre una bandera, sin perjuicio de combatirlo, de ultrajarlo y de pisotearlo rabiosos cuando, llegada la ocasión, el instrumento de que se sirven no halaga sus pasiones, ni sacia sus vergonzosos apetitos.

Los reyes que se apoyaban en tales masas habían de ser necesariamente tan fanáticos y tan bárbaros como ellas, y con estos datos, no es de extrañar que las ciencias y los restos del arte hispano-árabe que pudieran salvarse del naufragio sufrido en la Península se perdieran ó eclipsaran. Por otra parte, muchos libros, muchos documentos que conservaban aquellas enseñanzas, no cruzaron el otro lado del Estrecho, debiéndose la destrucción de muchos de ellos á un hombre, legítima gloria y orgullo de España, que fundó Universidades, pero á quien las ideas de su tiempo le hicieron arrojar al fuego millares de aquellas obras, sin permitir que las llevaran sus dueños, echando así una mancha sobre su nombre, mal que pesara á los... fanáticos, que tal acción aplaudieron.

No obstante el estado de barbarie y de envilecimiento de Marruecos, era bastante su nombre en las dos últimas centurias para amedrentar á pueblos poderosos. Favorecía este estado de cosas su incomunicación con los extranjeros, las guerras y disensiones de Europa, y que sus vecinos más próximos empleaban las fuerzas que su decadencia les permitía en lejanos países, situados en mares poco antes desconocidos.

• Hasta tal punto llegó á inspirar temor Marruecos, que las naciones más potentes llegaron á pagarla tributo,

para que sus marinos no acometieran ni apresaran las naves de los pueblos tributarios, llevando cautivos al interior del país á sus tripulantes. No hace relativamente mucho tiempo que, por este concepto abonaba Inglaterra, aunque sin subsidio fijo, unos 6.000 duros al año; Holanda llegó á pagar hasta 15.000; Francia, en forma de regalos, 10.000; Dinamarca, 25.000; Suecia, 20.000, etcétera, etc. Cantidades no tanto de lamentar por su valor, cuanto por lo que revelaban. España no pagó nunca tributo fijo, pero hacía frecuentes regalos; en cambio obtuvo tratados tan beneficiosos como después de una guerra gloriosa no ha tenido seguramente, y concesiones tan productivas como las hechas á la compañía de los cinco gremios mayores de Madrid, cuyas fincas todavía existen en Fedala, sin que las ocupen sus legítimos dueños.

Uno de los sultanes más benéficos y bondadosos del Mogreb, Muley Solimán, abrió al comercio el puerto de Mogañor, concediendo libertades y garantías que antes no se disfrutaban; y en 1817, desarmó su marina de guerra, quizás con perjuicio de sus intereses, para mayor seguridad de los extranjeros.

A pesar de este comercio—muy reducido siempre—y de los viajes de nuestro célebre Badía, que pusieron al descubierto lo que verdaderamente era, Marruecos continuaba siendo inaccesible para los europeos, é infundiendo un temor tan vago como infundado. La batalla de Isly vino á levantar algún tanto el velo que le cubría, y sus consecuencias fueron abrir sin trabas al comercio todos los puertos del Mogreb.

Lauro es este de que puede vanagloriarse Francia, la cual, de paso sea dicho, no pierde ocasión oportuna de mencionarlo. Pero, faltaba algo más grande, algo de mayor aliento: abrir los caminos del interior, facilitar los medios de penetrar seguramente en el corazón del país, cosa

lograda en aquella famosísima campaña, que terminó con la paz de Wad-Ras.

Este suceso es, sin disputa, el más importante en la historia moderna del Mogreb. Para comprender el cambio, basta considerar muy á la ligera el estado político y social del país y la situación de los extranjeros en él establecidos en las seis primeras décadas del siglo. Sublevaciones, hambres, pestes y miseria en el interior; la inmensa mayoría de las kábilas y de las tribus sin reconocer la autoridad de los sultanes; los herederos de Muley Solimán proscritos del trono; la antigua guardia negra, único ejército—sombra de ejército regular—en sus postrimerías, vencida y avergonzada; el fanatismo más absurdo imperando como dueño y señor y arrastrando en su camino á los gobernantes; los tributos que pagaban los extranjeros reducidos á su mínima expresión; el comercio decadente; los pocos extranjeros que habitaban el país reclusos en Tánger, Mogador y Larache, siempre acechados, sin poder salir de sus casas en los días de las grandes festividades musulmanas... Pero ¡qué más! un cónsul de la poderosa Inglaterra tropieza, involuntariamente, á una mora en la calle y es despiadadamente apaleado; otros representantes son apedreados sin misericordia, y ¡cómo cambian los tiempos! la bandera y el uniforme del de los Estados-Unidos son arrastrados por las calles y su casa saqueada, sin que estos atropellos merezcan explicaciones satisfactorias, y sin que los lastimados produjeran grandes quejas, ni se hicieran amenazas, que entonces fueran justificadas.

España tuvo que sufrir también algunas intemperancias de los marroquíes: el tratado de 1799 no se cumplía; nuestros buques eran molestados con frecuencia, y desde 1837, los moros fronterizos habían usurpado el campo de Ceuta, hasta que, agresiones de todo punto infundadas, motivaron la declaración de una guerra, que es

de esperar no se vuelva á reproducir entre dos pueblos á quienes los antecedentes históricos unen por tan numerosos lazos. Esta guerra hizo ver á la Europa, de una manera real y positiva, lo que era el Imperio de Marruecos; aumentáronse las relaciones internacionales; el comercio comenzó á prosperar; los caminos quedaron abiertos á los extranjeros, que pudieron penetrar hasta el interior del Mogreb: la intolerancia de los habitantes, y el recelo con que miraban á todo impuro insensiblemente han ido aminorando, y el gobierno y sus autoridades han dulcificado mucho sus procedimientos.

No ha contribuído poco á ello la elevación al trono de Muley Hassan, uno de los mejores soberanos que han ocupado el solio de Mogreb-al-Aksa; pero antes de que nos ocupemos de él, bueno será que recordemos, aunque muy de pasada, la organización política de Marruecos.

Se compone el imperio del Mogreb de los tres antiguos reinos de Fez, Marruecos y Tafílete, sujetos á la autoridad del Emperador que, con el título de Sultán, ejerce un mando absoluto y despótico sobre sus súbditos; no sólo ejerce la autoridad civil, sino que como descendiente del Profeta asume la religiosa. Todo se halla en sus manos: la vida, la hacienda, cuanto poseen los marroquíes. Sus ministros, más bien sus secretarios, no tienen la influencia que sus colegas europeos; limitanse á cumplir las órdenes que reciben de su señor, siendo responsables de la interpretación de las imperiales decisiones, y, entiéndase bien, que esta responsabilidad es allí tan sobradamente efectiva, como lo demuestra el caso de aquel gran visir que adulando á Muley Ismael hubo de manifestarle que en virtud de sus disposiciones, mandando matar al que se apoderase de lo ajeno por insignificante que fuera, hubo de decirle:

— Señor, existe tal seguridad en la propiedad, que hace días hay en mi calle un saco lleno de nueces, que debe

haber perdido algún arriero, y nadie se ha atrevido á llevarsele.

—¿Y cómo sabes tú que es de nueces?—le preguntó el Emperador.

—Porque al pasar le toqué con el pié, y lo conocí por el ruido—contestó el ministro.

—Verdugo, —dijo el monarca llamando á este terrible funcionario que siempre le acompañaba—corta el pié con que tocó el visir lo que no le pertenecía. Orden que irremisiblemente se cumplió en el acto.

Verdad es que pocos sultanes han sido tan duros como Muley Ismael; pero no lo es menos que toda autoridad chica ó grande que en Marruecos se atraiga las iras del Emperador, se ve sometida á los más horrendos castigos. El imperio se divide en bajalatos, al frente de los cuales hay el respectivo kaid ó bajá, el que en nombre del Sultán, tiene el mismo derecho y prerrogativas de éste en el territorio de su mando, salvo el ordenar la pena de muerte, reservado exclusivamente al soberano; pero en cambio puede imponer un número ilimitado de palos, que inutilizan ó matan al paciente, ó encerrarle en las cárceles por tiempo indefinido, suplicio que, dado lo que son aquellos establecimientos, es mil veces peor que todos los que forjara la fantástica imaginación del Dante.

Además de los bajalatos sometidos en un todo al Sultán, existen en número considerable multitud de kábilas y tribus, que si no de derecho, son casi independientes de hecho. Su sumisión al Emperador es muy condicional; el soberano aprueba los jefes que se nombran, ó designa aquellos que por su influencia personal con los interesados, conoce han de serles agradables. De esto resulta un estado muy semejante al feudalismo que existía en Europa en la Edad Media. Si á esto se agrega que el pueblo marroquí está formado por varias razas de muy distinto origen, tendencias y aspiraciones, se vendrá en conoci-

miento de los elementos heterogéneos que sin formar una nacionalidad, tal como nosotros lo entendemos, se suman, y se suman perfectamente, merced á un lazo de unión en que todos ellos comulgan: el fanatismo religioso.

Esta es la fuerza que mantiene unidos á los marroquíes, y merced á la cual el Sultán, sin un gran ejército, sin la complicada constitución de los pueblos civilizados, sostiene su inmenso poder en el Mogreb-al-Aksa. Así se comprende que los sultanes hayan cuidado de tener muy vivo ese sentimiento entre los suyos, porque el que no profesara su religión, no obstante el desprecio con que es siempre considerado el infiel entre los musulmanes, no ha sido jamás molestado por esa causa. En esto los marroquíes han sido casi siempre muy tolerantes; pruébanlo las iglesias cristianas abiertas en Fez, Mequinez y Marruecos, no sólo para los soldados cristianos que los sultanes tenían á sueldo, sino las establecidas para los cautivos que apresaban; pruébalo la tolerancia religiosa que han tenido para con los judíos en esa materia, en la que nunca fueron molestados, encontrando por ese concepto un respeto y una falta de persecución por sus creencias entre los bárbaros, que no hallaron en pueblos civilizados y que profesan la religión más humana y más caritativa seguida por los hombres.

Fuera del fanatismo religioso, no existe otra cosa que identifique y reuna á todos los marroquíes; muchas tribus se gobiernan por sí mismas, pagando solamente una contribución al Sultán como signo de vasallaje; otras ni aun á eso llegan. Tal estaba el imperio cuando en 1873 subió al trono Muley Hassan. Dotado este monarca de condiciones excepcionales, hasta el punto de que muchos afirman que desde Jacub el Mansur, no ha habido otro que le superara, no podía ver con agrado semejante estado de cosas que empequeñecía mucho su poder y que

de continuar acabaría con el imperio, amenazado ya de inminente ruina. Aprovechando la sublevación de algunas kábilas revoltosas, cosa allí muy frecuente, con el más pequeño fundamento, las más de las veces por no pagar la contribución, trató de someterlas paulatinamente, siendo consecuencia de esta determinación una guerra civil prolongada, con todas las tristes consecuencias que este azote lleva consigo. La falta de cosechas, los malos años; la ausencia de una buena administración, pues sólo en las aduanas, intervenidas por España, se veía algo que á administración pareciese; el cólera y otras calamidades trajeron á tal postración á Marruecos, que en 1878 era fácil preveer uno de esos cataclismos que en la historia se señalan con la desaparición de un pueblo.

Contribuía al malestar la falta de leyes fijas é invariables: en lo político no existe otra ley que el buen ó el mal juicio de las autoridades, tanto peor cuanto más lejos estén de la vista del Sultán; en lo civil, en lo religioso, en todo: el Korán mejor ó peor interpretado, según la ilustración, la honradez y el acierto de los intérpretes, y más que nada aún la conducta de las autoridades extranjeras, menos disculpable que la de los indígenas, que después de imponerse á éstos, abusaban inconsideradamente de su fuerza, ante la debilidad de los marroquíes, muchas veces vencedores, con la astucia y el ingenio, de los que les oprimían. Entre los abusos que se señalaban, eran sin disputa los mayores, los que se hacían del derecho de protección, del que luego me ocuparé, y los pueblos, que tenían interés en que no desapareciera Marruecos, desplegaron toda su influencia para regularizar ese derecho, y como consecuencia se verificó en Madrid la conferencia internacional que dió por resultado el Tratado de 1880, cuya revisión se asegura tendrá lugar en breve plazo.

En los dieciocho años que siguieron á la paz de Wad-

Ras, Marruecos había dado los primeros pasos, muy á pesar suyo, y ¿por qué no decirlo? por desdicha de sus tradicionales intereses para que el pueblo se comunicara con los extranjeros; pero estos pasos, como los del niño que empieza á caminar, habían de ser muy cortos, muy tardos y vacilantes; había desaparecido la creencia que tenían de que jamás el infiel había de vencerles; se habían convencido de que el heróico valor, de que tan prodigiosas muestras dieron en la campaña, se estrellaba ante los conocimientos y las armas manejadas por la inteligencia; á su antigua y exagerada confianza reemplazó un miedo tal vez exagerado; el último empleado de una legación, el más insignificante servidor de un agente consular se atrevía con el Kaid, ante quien poco antes no hubiera osado alzar la vista; los comisionistas extranjeros y comerciantes de buen nombre—al parecer—les habían probado su fe comercial enviando pedidos muy desemejantes á las muestras; los judíos, antes sometidos, vejados y escarnecidos, aprovechándose los primeros del nuevo estado de cosas, no sólo se ampararon adulando, favoreciendo y algo más los defectos de los poderosos extranjeros, sino que iniciaron, á su modo, cosa que á represalias de lo pasado se asemejaba; la usura—llaga social siempre viva en el Mogreb—se presentó con peor carácter que nunca; todas las autoridades, desde el Sultán al último emkaden, se sintieron débiles; las kábilas revoltosas se negaban abiertamente á pagar los impuestos, desconociendo el legítimo poder del Soberano, y quizás por el estado de Europa, preocupada hace diez años por cuestiones de más monta, no desapareció Marruecos del mapa de las nacionalidades.

Dos clases de sujetos no pueden apreciar la transformación verificada en Marruecos de algunos años—muy pocos—á esta parte; los que no habiéndole visitado nunca se atienen á los escritores que afirman que se en-

cuentra lo mismo que en la época de Juba, y sin más investigaciones propias ni ajenas lo creen así, y aquellos que, llevando muchos años de residencia en el país, no se hacen cargo de los cambios ocurridos, que no por ser graduales y lentos dejan de ser reales, á la manera que el criado viejo que vió nacer al niño en casa de sus señores, que le tuvo en sus brazos en la primera edad, que más tarde le acompañó á la escuela, que le sirvió ya adolescente, no se da razón ni se explica que aquel á quien sigue creyendo niño y de cuyo lado no se separó jamás, sea el hombre á quien por la ciencia, por la política ó por el arte admira el mundo. Pero el que visitó á Marruecos, y muy especialmente á Tánger, hace diez años, y hoy nuevamente pisa aquella tierra, nota cambios y encuentra diferencias que desde luego llaman su atención.

En primer lugar, y aun antes de tocar en las playas del Mogreb, ha observado que nuevos y más numerosos medios de comunicación le permiten hacer el viaje con más comodidad y frecuencia que anteriormente; cuando el estado del mar lo permite no tiene que acudir á los hombres para que le trasporten á brazos desde la lancha á tierra, encontrando un muelle, aunque de medianas condiciones, que le permite desembarcar por su pie; y después de notar un pequeño faro, indicador utilísimo para los buques en bahía, entra en la ciudad y se admira por el número de europeos que encuentra en el camino, y por otros muchos que, sin serlo, llevan el traje usado en este lado del Estrecho; levanta la vista, y los alambres que cruzan las calles le demuestran que el telégrafo y el teléfono han invadido la ciudad; ve que las ventanas de los edificios, antes escasas, aumentaron en número considerable, que muchas viviendas tienen ya el tipo europeo, y sin explicárselo, sin darse cuenta del por qué, le parece que los musulmanes le miran de otra ma-

nera que anteriormente. Su sorpresa al penetrar en el hotel es mayor todavía; á las pasaderas fondas de antaño han reemplazado unos magníficos establecimientos, que por su lujo, comodidad y trato superan á muchos de los de su género reputados en Madrid como de primer orden; se entera en seguida de que son menos difíciles al extranjero y se han hecho más frecuentes los viajes al interior; que no hay ningún curioso que deje de hacer una excursión á Tetuán por la vía terrestre; que no bajan de 12.000 forasteros los que por año pisan el suelo tangerino; que se publican periódicos, y por último, que todo está más caro que antiguamente.

Si el viajero es además curioso y amigo de investigar, y tiene la suerte de investigar con acierto, encuentra otros cambios más dignos de meditación y de estudio: gran parte de las fincas de los musulmanes han pasado á manos de extranjeros y judíos; la propiedad ha aumentado veinte veces su valor; el número de edificios contruídos fuera de los muros de Tánger es considerable y las tendencias á aumentar mayores que nunca; la influencia extranjera es mayor, pero mucho mayor, que la de las autoridades del Sultán, que más parecen serlo de las legaciones y consulados extraños que del soberano propio; y á raíz de estas observaciones se pregunta el curioso observador si no tendrían razón los marroquíes al oponerse á la pacífica invasión de los extranjeros.

Esta transformación no se nota sólo en Tánger; en los puertos de la costa y aun en algunas poblaciones del interior, se observan cambios en su antigua manera de ser. Esos pueblos á que aludo cambian mucho más despacio, pero cambian, y no es observación mía, es de los moros á quienes muchas veces se la he oído: la costa está hoy como Tánger hace quince años; si las cosas siguen de igual modo, la costa dentro de poco tiempo será lo que Tánger hoy.

Profundizando más el investigador comprende que gracias á las relevantes prendas del Sultán, al Tratado de Madrid de 1880 y á la política seguida por algunos Estados para sostener á aquél á costa de no pequeños sacrificios, no se derrumbó el imperio, que á ello amenazaba en 1878; pero nota asimismo que si Muley Hassan, por su valerosa conducta penetrando en las tribus y por territorios que no se hubieran atrevido á pisar sus abuelos, ha sometido á muchos insurgentes y se ha hecho temer y respetar de los suyos, ha perdido autoridad no escasa por las ingerencias extranjeras, que, aun más que él, parecen ejercer la soberanía en el imperio.

— La tolerancia de los musulmanes á los cristianos, que es indudablemente mayor, obedece á dos causas: tanto al miedo al castigo, como al menosprecio. Todo extranjero no musulmán, es considerado por el pueblo marroquí como cristiano; las autoridades, los que las rodean y las personas ilustradas saben distinguir, y distinguen perfectamente, las nacionalidades; pero las masas confunden á todos con el nombre genérico de *serani*, y si acaso hacen alguna pequeña diferencia es con los españoles, por su número y por la próxima vecindad. Después de la guerra de Africa el nombre cristiano era acogido con respeto y con una especie de temor muy diferente del que inspira hoy día; antes se miraban sus viajes al interior con un recelo que el menosprecio á que antes me refería ha ido empequeñeciendo. ¿A qué se debe este cambio? Doloroso es decirlo; pero la verdad se impone: á la misma conducta de los extranjeros, y muy señaladamente á los que llevaban su representación, que creyendo aumentar la influencia propia ante el gobierno marroquí con la narración de las debilidades ajenas, han ido señalando con gran riqueza de detalles todos los flacos del émulo, que por su parte no se descuida en prestar al otro idéntico servicio. Cuanto pueda conocer de

más secreto la astucia de la diplomacia europea, otro tanto conoce el Sultán, sin los gastos y contrariedades que necesitan otros pueblos para sostener un lucido personal diplomático, que con los fines indicados, sirve admirable, gratuita y hasta inconscientemente al Emperador de Marruecos.

Esta es una de las causas por qué el concepto hacia los extranjeros ha desmerecido en el Mogreb; pero hay otra que ha ejercido mayor y más desastrosa influencia: la supuesta venalidad de muchos representantes y agentes extranjeros ó de las personas que les rodeaban. En pueblo tan dado al abuso como Marruecos no es extraño que las acciones más inocentes den pábulo á las más gratuitas suposiciones; y mucho más le han de dar si las exigencias de la política ó las de afecciones particulares han obligado á las autoridades á que me refiero á hacer súplicas al Sultán para obtener concesiones, derechos, privilegios, favores, etc., etc., para sí ó determinados individuos muy relacionados con ellos. Así se ha supuesto entre los moros y no moros que cuando esas autoridades pedían al Emperador concesiones de fincas rústicas y urbanas, imposibles de adquirir de otra manera, era á cambio de no acosarle con reclamaciones que debieran hacerle; cuando pedían fincas, que la piedad de los fieles musulmanes habia dejado á la mezquita para usufructo de los pobres, y se concedían á ciertos paníaguados, se creía que éstos no obtenían tan graciosamente beneficios semejantes, á lo que tal vez contribuían ciertas injustas reticencias de los ingratos favorecidos; cuando se trataba de un monopolio—la concesión á un individuo para exportar tantos miles de fanegas de trigo ó cebada, por ejemplo—se repetía lo anterior; cuando se reclamaban indemnizaciones por robos—que gentes maleantes se empeñaban en considerar supuestos ó exagerados—y sobre todo cuando se cobraban invocando en úl-

timo término el derecho del más fuerte, los comentarios no eran menos vivos, y nada he de decir sobre las patentes de protección, porque eso merece tratarse más detenidamente y en lugar oportuno.

Tan extendidas estaban estas suposiciones — porque gracias á Dios las cosas han cambiado mucho en estos últimos tiempos — que eran objeto de todas las conversaciones en Marruecos, desde el ilustrado *faqui* al ignorante *fellaj*, desde el Kaid poderoso hasta el vago cliente del Café Moruno, y no sólo entre musulmanes; entre cristianos, judíos, indígenas y extranjeros, eran moneda corriente. Por fortuna, el dicho vulgar «La voz del pueblo es la voz de Dios», no es exacto muchas veces y por lo tanto la voz del pueblo puede equivocarse; pero en el caso concreto á que me refiero, eran tan generales esas suposiciones, que dieron el mismo resultado que si fuesen ciertas, para hacer desmerecer en mucho el nombre extranjero. Los cristianos — decían los indígenas — no son como nuestros káids, son peores.

Los agentes consulares honorarios nombrados por las potencias, que sin sueldo, sin bienes aparentes de fortuna, sin dedicarse á la agricultura, al comercio ó á la industria, vivían bien y con lujo, no han contribuído poco á las gratuitas suposiciones de que hice mérito; como si no pudieran existir herencias, papel del Estado y otros elementos de riqueza con los que honradamente puede vivir el hombre sin aquellas manifestaciones que los positivistas é ignorantes marroquíes echaban de menos.

Claro es, que de todas las nacionalidades no se decía lo mismo; muchas se han captado gran consideración y el respeto de todo el mundo; para honra nuestra, España se encuentra en este número, y su representante el Sr. Diosdado, al que sus adversarios han dirigido las más fuertes censuras por otros conceptos, siempre que de este punto se ha tratado han confesado que es un

digno caballero, modelo de honradez. El cambio de personal en muchas Legaciones, y el convencimiento en todas, de que no sólo precisa ser buenos, sino que hay que parecerlo, les ha obligado á proceder con mayor tacto y las murmuraciones van desapareciendo; no obstante, en estos días acabo de recibir un periódico tangerino que se hace eco de las acusaciones formuladas contra un representante extranjero de quien se dice, no ya que ha vendido las patentes de protección, sino que los nombramientos hechos de agentes consulares—de los mismos de que antes me ocupaba—han sido dados al que entregó más por ellos: cosa que es de esperar no se confirme.

Relacionada con estos hechos está la acusación que se hace á buen número de judíos enriquecidos de repente, y de quienes se asegura son los intermediarios insustituíbles en semejantes negocios. Claro es, que si tales negocios no han existido, esta acusación cae por su peso, y debe tener origen en la animadversión, mayor cada día, con que los musulmanes miran al pueblo hebreo, que por lo numeroso, lo rico, lo trabajador y lo que puede influir é influye seguramente en Marruecos, bien merece que se le dediquen un párrafo aparte.

La mayor parte de los judíos marroquíes proceden de los expulsados de España y Portugal á fines del siglo xv, conservando el idioma, leyes y costumbres de sus abuelos, como si el abandono del país en que tantos años residieron hubiera tenido lugar en época muy reciente. Ya he indicado que entre los moros encontraron un amparo y una tolerancia sus creencias, que en vano hubiesen obtenido entre nosotros; algunos de ellos llegaron á ser consejeros, ministros y tesoreros de los scherriffes, prestando buenos servicios que recibieron justa recompensa; pero todos los beneficios quedaron reducidos á los enumerados. A cambio de esa tolerancia han sido objeto del

más profundo desprecio, de las vejaciones más odiosas y de las burlas é insultos más sangrientos. No hay entre los musulmanes marroquíes insulto más grosero y más humillante que la palabra judío; para expresar bien el concepto con que se les mira citaré un ejemplo. No hace muchos meses que un íntimo amigo mío muy querido de los moros, dirigiendo una partida de caza por las inmediaciones de Tánger, hubo de decir en tono de broma á la muchedumbre de ojeadores que le seguía: «Roguemos á Dios para que nos ayude á vencer á los perros cristianos.» Todos los moros, que toman muy en serio estas cosas, invocaron el poder de Alah. «Roguemos ahora—continuó mi amigo—para que nos ayude á vencer á los perros judíos.» Toda la concurrencia se echó á reir, y uno de los más osados replicó: «Para eso no se necesita la ayuda de Dios ni la de nadie.»

Y sin embargo, el estado actual de los judíos marroquíes no admite comparación con la mísera existencia que arrastraban antes de la guerra de Africa, y que aún hoy sufren en algunos pueblos del interior. Relegados á un lugar apartado de la ciudad, teniéndose que pagar los guardias para no ser saqueados, cosa que con frecuencia se repetía; sin oírseles ante ningún tribunal sin previa humillación hasta el suelo; sin poder responder á las agresiones de los musulmanes; sin que su testimonio fuera válido; sin poder salir calzados fuera del *melaï* ó barrio donde vivían, ni usar bastón, ni paraguas, ni montar á caballo, ni vestir prenda que pudiera confundirlos con el moro, y otras mil vejaciones semejantes, que sólo la paciencia del pueblo judío sería capaz de soportar.

Los tiempos han cambiado; con la sagacidad propia de su raza comprendió el pueblo judío al invadir pacíficamente los extranjeros el país, que éste iba á sufrir grandes transformaciones, en las que el reciénvenido

desempeñaría principal papel, y se acercó al que desconocedor del terreno que pisaba, de los elementos de comercio y de riqueza que á su alrededor había y hasta del idioma que en sus relaciones había de emplear y que encontró en el judío un auxiliar inapreciable en los primeros momentos. Este auxiliar encontraba á su vez un protector contra las vejaciones sufridas y le estudió, le analizó, le desmenuzó, y hecho este trabajo intuitivo, favoreció sus proyectos, halagó sus vicios, contribuyó á sus ambiciones aprovechándose de todo y sacando para sí el mejor partido posible de las flaquezas del protector.

Muy pronto no se contentó ya con el uso de las expansiones que el nuevo estado de cosas le permitía y comenzó, siempre que la ocasión oportuna se presentaba para ello, el abuso de lo que ya constituía un derecho y á veces un poder; los moros que siempre habían visto al judío humillado y vencido, y que ahora le contemplaban altivo, satisfecho y humillándolos á su vez, agregaron al antiguo desprecio, el odio y el deseo de venganza, tanto más vivo cuanto mayores eran la distancia de poder realizarle y la altivez del antiguo siervo.

El derecho de protección de que tanto se ha abusado dió armas al hebreo para lo que pudiéramos llamar revancha de lo pasado; la mayor parte de las reclamaciones hechas al gobierno marroquí por las potencias extranjeras, ha tenido por origen las quejas de algún judío; pocas son en las que éste no tuviera alguna intervención, aunque en muchos casos fuera el testaferro conocido del que en la sombra se ocultaba. Siempre que por un resto de pudor ó por conveniencia, el poderoso extranjero no quería ó no podía tomar participación activa en ciertos negocios, no faltaba un judío, que como se dice vulgarmente, diera la cara. Y lo mismo sucede con la inicua usura de los campos, que arruina al labra-

dor y al ganadero marroquí, y en la que siempre ó casi siempre, aparecen como prestatarios los judíos, unas veces porque lo son, y otras como agentes de personas bien quistas, consideradas é hipócritas que valen mucho menos que el medio de que se valen.

— Por estos procedimientos se han hecho algunas fortunas en Marruecos, censuradas hasta por los mismos hebreos honrados y trabajadores que conocen, aunque no tanto como debieran, que el escándalo de los unos ha de recaer en perjuicio de toda la comunidad. Por la organización particularísima del pueblo judío, todo cuanto hace un correligionario redundará en bien ó en mal de los suyos, contribuyendo á ello la energía que despliegan todos en defensa del que por cualquier causa, motivo ó razón, se ve perseguido. Su suerte no es nada envidiable, los mismos que los emplean y necesitan, son los primeros en despreciarlos—sin perjuicio de lamentarse cuando el hebreo se venga, cosa que hace siempre que puede y como puede. Juguetes de ambiciones ajenas, que á veces burlan, están llamados á una catástrofe en Marruecos, si no proceden con mucha sensatez, si no tienen cuidado de no hacerse solidarios de aquellos que por adquirir riquezas y poder sin escrúpulos, son algunas veces culpables de las faltas que en general se imputan al pueblo judío. Tal vez por su mal, están llamados á tomar partido por cualquiera de las potencias que han fijado sus ojos en el Mogreb, sin reflexionar que en el caso de no realizar sus proyectos su protectora, están perdidos para siempre, y que aun en el más favorable servirían de carne de cañón, pues si hubiera necesidad de sacrificar á alguien, ellos lo serían en primer término.

La organización del pueblo hebreo marroquí es muy curiosa. Sometidos al gobierno despótico del Sultán, gozan garantías que en general son observadas: su legislación especial civil, sus ritos religiosos, sus costum-

bres, y el jefe ó rabino que les dirige, que ellos mismos nombran, y que administra justicia y les gobierna en nombre del Sultán, son respetados por los musulmanes. Son dignas de estudio y aplauso las sociedades de socorros mutuos y de beneficencia que tienen establecidas, así como las escuelas, aunque éstas, por los socorros que reciben de la Alianza israelita de París, tengan hoy un marcado color político que puede ser un arma de dos filos que lo mismo pueda contribuir á su bienestar, como hasta ahora parece, que á ser causa de grandes y perjudiciales contrariedades para los judíos mogrebinos.

La Alianza israelita francesa, presta muchos y valiosos servicios á sus correligionarios de Marruecos; pero la gente maliciosa ha dado en suponer que la fuente de donde emanan esos recursos es de más alto origen, fundándose en que en esas escuelas se enseña preferentemente en francés, en que son franceses los libros que se regalan, y que todas las tendencias de la enseñanza que recibe la juventud hebrea que allí concurre, están impregnadas con un tinte marcadísimo de esa nacionalidad.

El resultado es visible; pocos son los jóvenes marroquíes que con cierta educación y aun de las clases menesterosas, no conozcan el francés, y que no vuelvan los ojos á Francia como la tierra prometida de la que esperan la tan suspirada redención. ¡Pobre pueblo judío! Como si en los tiempos que recorremos debiera esperar nadie de otro que de sí mismo, la salvación y la vida; como si ese pueblo no estuviera convencido, y de ello no tuviera pruebas muy recientes, de que la cuerda se rompe siempre por lo más flaco y de que por las adversidades de antaño y las intemperancias de ogaño, los judíos marroquíes son la parte más delgadísima de aquella tierra.

Yo, que como todos los que no les vejaron ni se sir-

vieron de ellos para nada incorrecto, no tengo la más leve queja de esos hombres; yo, que siento hacia ese pueblo profunda conmiseración, que soy testigo de su laboriosidad é inteligencia, no puedo menos de lamentar el imprudente camino que ha emprendido y que probablemente le conducirá á un precipicio donde perecerán los inocentes, salvándose del naufragio los astutos culpables.

Dos palabras no más sobre la prensa marroquí, á la que se ha supuesto hebrea, porque siendo judíos el núcleo principal de sus suscriptores, ha defendido, llegado el caso, esta causa. El hecho no es exacto: de los políticos, sólo un periódico escrito en francés, no de los menos importantes, es de propiedad y está dirigido por un hebreo; los otros cuatro pertenecen á súbditos ingleses; y aunque de ellos tres se publican en castellano, ninguno es órgano ni representante de nuestra nacionalidad. En este concepto, y sólo como defensor de los intereses comerciales, se publica la *Revista*, de la Cámara Española de Comercio.

No por su carácter político y batallador dejan los primeros de ocuparse de asuntos comerciales, que en Marruecos, como en todos los pueblos, tienen sobrada importancia. Aunque resintiéndose de la crisis comercial que aflige á todo el mundo, no hay duda que el comercio ha adquirido mayor crecimiento desde hace diez años en el Mogreb, pues si bien son ciertas las quejas de los que afirman que antes se ganaba más, es porque no consideran el número de personas que á estos negocios se dedican actualmente.

Tanto en el comercio de importación como en el de exportación, Inglaterra es la nación más favorecida, la absorbente; síguela Francia, y á ésta, hace diez años, España, porque hoy se notan cambios de alguna consideración. La competencia comercial de Alemania ha

sido funesta para los extranjeros que explotaban los mercados marroquíes, pero sobre todo para Inglaterra, que ha recibido golpes muy rudos; no me he propuesto hacer números, que por otra parte probarían poco, porque muchos artículos que se aduanan en el Mogreb como de la Gran Bretaña, son géneros alemanes transportados por ingleses. Muchos paños, azúcar y otros efectos, antes británicos ó franceses, han cedido el puesto á los alemanes, que si no tan buenos como aquéllos, son bastante aceptables y mucho más económicos.

España, á juzgar por nuestras publicaciones oficiales, adelanta poco, pero muy poco. Según la Dirección general de aduanas, todos los géneros que llevó España á Marruecos importaron en 1884: 27.216 pesetas; en 1885, 14.757, y en 1886, 60.770. Por fortuna estos datos están equivocados. Alguna casa catalana conozco yo que se reirá al leerlos, y algún productor de anís de una provincia española no dejará de hacer lo propio. Datos extranjeros tengo á la vista que hacen subir lo que importamos en Marruecos durante el año 1885 á 637 millares de pesetas, y eso que por el cólera casi estuvimos todo el tiempo incomunicados.

Nuestro comercio de exportación á Marruecos, que es algo más que lo dicho por los datos oficiales, aunque no todo lo que debe y puede ser, tomará mayores vuelos cuando allí se conozcan mejor nuestros productos, que hoy no lo son por falta de iniciativa de nuestros productores, acostumbrados á que las autoridades sean su guía, su amparo y su sostén, y querellándose siempre que éstas no tienen el acierto de que los interesados parecen carecer, cuando reclaman para todo el lazarillo oficial.

Si antiguamente el extranjero se contentaba con llevar á Marruecos sus productos, y cuando más á tomar en cambio los del país, facilitados por acaparadores in-

dígenas establecidos en los puertos, desde que la guerra de Africa abrió el interior á la explotación, trata como es justo de adquirirlos en los mismos centros productores. Para ello tiene que acudir á los socos y mercados, ponerse en relación con el agricultor y el ganadero, y como ni le son fáciles los caminos, las costumbres ni el idioma, ha de valerse de agentes ó corredores indígenas, sin los cuales no puede dar un paso. El establecimiento de nuevas industrias exige también el concurso de esos auxiliares, y si quiere hacer un buen negocio é impedir que el antiguo intermediario le mine el terreno, adelantar fondos sobre las futuras recolecciones.

Por la especial organización del país, en el que el hombre acaudalado esconde sus riquezas para que de ellas no se apodere la autoridad venal, el ahorro no existe ó se oculta; de ahí la necesidad del préstamo y de ahí la usura en condiciones tan onerosas que llega al 25 por 100 sobre seguro. Tanto en el caso de prestar este dinero, como en el de confiar ganado ó nombrar corredores, sin los cuales, repito, el negocio se hace imposible en el interior, es necesario que el comerciante tenga seguridad de que su agente ó socio no ha de ser molestado arbitrariamente por alguna caprichosa autoridad, que á la sombra de su despótico mando puede esterilizar cualquier operación comercial, y de ahí tienen origen las protecciones.

Es el protegido un súbdito marroquí al servicio de una autoridad ó de ciudadanos extranjeros, que al amparo del pabellón que le cobija se ve libre de cualquier exacción caprichosa; si falta, ha de ser juzgado con intervención del cónsul de la nación que le protege, la cual reclama de todo acto injusto cometido contra él.

Las protecciones tienen un origen muy antiguo en una ú otra forma; el extranjero que comerciaba con Marruecos y sus agentes disfrutaban unas garantías sin las cua-

les el comercio se hubiera hecho imposible. Durante la Edad Media se hicieron tratados, algunos con España, más completos, más acabados, más protectores y mejor observados que los existentes. Aun en casos de guerra, y en tiempos en que la piratería era un hecho legal para el Mogreb, todo buque destinado al comercio ó cargado con productos para ese país, era respetadísimo por los marroquíes.

Después de la guerra de Africa las protecciones se extendieron considerablemente; ya no sólo se protegía á los súbditos del Sultán que habían prestado servicios á determinada nación, á los agentes, socios, servidores, etcétera, etc., de cualquier extranjero, sino á quien complacía á las autoridades, chicas ó grandes, que en el imperio representaban á las demás potencias. De la protección se hizo un comercio escandaloso; francamente se decía á quién y por cuánto se debía; se señalaban los casos en que súbditos marroquíes perseguidos por delitos se amparaban, por dinero, de algún extranjero, y en los que éste, cuando necesitaba más, le vendía á la autoridad marroquí, que no era otra cosa manifestarla, mediante favores, que aquel individuo ya no era protegido suyo, con lo que aquélla le embargaba los bienes, le encarcelaba y le reducían á la miseria. Aduares enteros protegidos por fulano ó mengano, desconocían la autoridad del monarca; el desbarajuste, cada vez mayor, reclamaba enérgicas determinaciones, y reunidas las potencias interesadas en la Conferencia de Madrid en 1880, redactaron el Convenio que regularizaba el derecho de protección en Marruecos.

Por el citado acuerdo sólo se concedía á cada nación el derecho de proteger á doce individuos por servicios particulares prestados á la misma; á los servidores de los representantes ó cónsules, y á dos corredores de comercio ó *censales* para cada comerciante establecido en el

país. Se prohibía en todo caso la protección de individuos que ejercieran ó hubiesen ejercido inmediata autoridad, y que los protegidos dejaran de pagar los tributos legales.

Este convenio se cumplió muy mal poco tiempo después de firmado; que á no ser así, no exigiría una profunda reforma para limitar los abusos que á su sombra se cometen; pero en honor nuestro, podemos afirmar que España ha sido de las primeras en observar sus compromisos. Si fuera posible leer las listas de protegidos, fácilmente se probaría que la mayor parte de los que en ellas figuran no son ni han sido jamás agentes comerciales de nadie; si se fueran á examinar las trasgresiones del convenio, se vería que desde la protección dispensada al Scheriff de Uassan, personaje que por tantos títulos ejerce autoridad, hasta la concedida á un empleado de una aduana marroquí, á quien se nombró para ello agente consular de una potencia, hay mucho que lamentar, con circunstancias tan graves como las del último caso á que aludo, en que el interesado era perseguido y acusado de defraudación de enormes cantidades por el Sultán, que en vano le ha negado dos años el *exequatur* de su nuevo título.

Hay representante que ha acusado á su antecesor de tener 800 personas disfrutando protección oficial ó extra-oficial, de que por su causa un aduar entero se negaba á pagar el tributo al Emperador, bajo el pretexto de servir sus habitantes al acusado como ojeadores de caza en las inmediaciones de Tánger; y en cambio hay quien asegura que el acusador, entre otras muchas cosas, protege á más de 60 individuos, como formando parte de su servidumbre.

Podría repetir hasta el infinito semejantes ó parecidos hechos; pero como muestra sobran con los dichos. A éstos, debe agregarse el que, por incalificable desidia, se

considera como protegido al que una vez sirvió de criado á personas pertenecientes á determinadas legaciones, á un cónsul ó á un agente consular; que otros con un simple viaje á Europa ó América, ó con una corta residencia en Argelia, han obtenido un pasaporte que no sólo les sirve como patente de protección, sino que además han reclamado sus correspondientes *censales*; y, por último, que éstos son nombrados en el campo, escogiéndolos entre los moros más ricos é influyentes, que son los que mayores trastornos originan á las autoridades del Sultán; porque no sólo no se ven sujetos á sus exacciones, ni pagan los tributos correspondientes, sino que incitan con su ejemplo á los súbditos no protegidos, para imitarles. Fácilmente se adivina que así se hace imposible todo gobierno, que el Sultán se queje, y que las relaciones internacionales en Marruecos se presen-ten á rozamientos cuyos resultados no pueden predecirse.

Hace falta que tal estado de cosas desaparezca; si las protecciones no pueden suprimirse; si no hay otra cosa que garantice los derechos del extranjero, deben regularizarse de tal modo, que dejen de ser el abuso, y reglamentarse para que nunca puedan convertirse en granjería. Si hubiera habido buena fe en unos, ó energía, tacto ó diplomacia en otros, el convenio de Madrid se hubiera cumplido y no lamentaríamos hechos que ponen al europeo á la altura de las autoridades, cuyo proceder censura. Por grandes que sean las faltas de los marroquíes, siempre serán más disculpables que las de aquellos pueblos instruídos, cultos y civilizados.

Naturalmente, que el verdadero origen de todo se encuentra en la mala organización administrativa de Marruecos; que si rigiera un bien ordenado sistema de contribuciones, si las autoridades tuvieran señalado sueldo decoroso y fueran todas modelo de probidad y de honra-

dez, ningún marroquí, sobre todo musulmán, iría á buscar amparo del aborrecido extranjero. Pero estas modificaciones de las costumbres de un pueblo regido así durante siglos, no pueden hacerse en un día. El actual Sultán ha empezado esta obra de regeneración en lo que puede, porque no hay monarca que resista en absoluto las imposiciones de sus súbditos, y se observa que en los últimos nombramientos de las autoridades empieza por atender á los méritos personales, sobre la intriga antes dueña y soberana del Mogreb. Es imposible que en un momento pueda verificarse cambio tan radical; jamás las leyes borrarán en un instante costumbres inveteradas y la fuerza solamente podría imponer cambio tan radical y el Sultán no la tiene para luchar contra los intereses creados á la sombra de los viejos abusos. ¿Han de ser los europeos los que la impongan? ¿Y á título de qué?

¿Invocando el derecho del más fuerte? ¡Pobres conquististas entonces las de la civilización moderna de que tanto alardeamos! y por otra parte, semejante principio justificaría que otros más poderosos hicieran lo mismo con la potencia que lo invocara.

¿Lo haremos en nombre de la moral? Difícil sería contestar á los marroquíes, cuando, á su vez, presentaran ciertos argumentos, fundados en hechos apenas desflorados en esta conferencia, y que vuestra discreción me evita el trabajo de indicar nuevamente.

¿Se intervendrá, siempre á la fuerza, invocando el bienestar de los mismos marroquíes? Me permitiréis que conteste á la pregunta con las observaciones que me hizo un ilustrado marroquí, á quien en su casa y de sobremesa, le hablaba yo en el sentido que implica la interrogación. Estas son sus palabras, exactísimas en el fondo, aunque difieran en la forma:

«Ya ves — me decía — cómo me sirvo de la cuchara y



del tenedor lo mismo que el europeo; pero lo que no sabes es lo mucho que me costó adquirir esta costumbre, que considero mejor, más limpia y más cómoda que la de mi país, y á pesar de todo, cuando no viajo por el extranjero ó cuando me siento solo á la mesa, hago como en mis primeros tiempos, que tan difíciles son de olvidar los hábitos adquiridos en la primera época de la vida. Pero, ¿qué más? tú eres médico; muchas veces te oí que la circuncisión, si no como práctica religiosa, como medida higiénica era conveniente y utilísima. ¿Qué me dirías si yo, en nombre de esa conveniencia, de esa utilidad é invocando siempre tu bien, y siendo más fuerte que tú, te alargara unas tijeras?»

Yo creo que sólo el tiempo, con la instrucción y el mayor trato con extranjeros, podrá introducir en el Mogreb cambios y modificaciones que, impuestos de repente, darían origen á trastornos sin límites. Entre tanto, las naciones que se llaman representantes de la civilización deben dar el ejemplo, no creando conflictos ni dificultades, muchas veces originados por el interés personal, por el amor propio ofuscado ó por la ignorancia. Si las potencias extranjeras representadas en Marruecos en vez de combatirse mutuamente y emplear el tiempo en luchas fútiles, basadas casi siempre en estériles vanidades, consumieran su actividad en creaciones útiles, y en vez de rencillas, llevaran á los oídos del Sultán consejos prudentes y sensatos, otra sería la suerte de aquel desdichado pueblo. Destruído el abuso, el Emperador se vería obligado á reformar su administración, y quizás su gobierno, con grandes ventajas para todos los que con el mejor deseo le destruyen destruyéndose.

Ya el Sultán tiene confiado al cuerpo diplomático la dirección sanitaria de sus puertos, el cuidado del faro Espartel, y seguramente le confiaría otras mejoras si llegasen los que le componen á un buen acuerdo, en todo

lo que, sin atacar los principios fundamentales del imperio fuera útil para todos. El poder de estos representantes es grande, omnímodo, tal vez mayor y más envidiable que el del Sultán, porque, seguramente, no tienen sus responsabilidades y disgustos; raro es que no consigan lo que desean con algún interés personalísimo; son objeto de las mayores consideraciones y respeto que algunos tienen el mayor cuidado en mantener, porque las condiciones del país en que viven no les permite seguir el ejemplo de sus colegas europeos. El cuerpo consular ejerce allí jurisdicción sobre los respectivos súbditos—en Marruecos no hay ciudadanos ni nacionales— y todo delito es castigado con arreglo á las leyes del país del que delinque.

Compréndese así el trabajo de nuestros cónsules, que son todos—con grandísimo acierto de nuestros gobernantes—de carrera. Sólo en Tánger se aproximan á tres mil los españoles, y el cónsul, el vice-cónsul y un auxiliar, se ven obligados á pasar el día en su oficina, sin poder ultimar las muchas ocupaciones que sobre ellos gravitan; pues además de los negocios ordinarios de todo consulado, tienen á su cargo los correos y el giro mutuo; y son jueces, abogados, notarios y procuradores de toda la colonia. Esta se compone en su mayoría de gente menesterosa y es modelo de honradez, y trabajadora. Apesar de no conocerse policía, son raros los delitos y aun los escándalos, pues cuando éstos ocurren entre españoles, casi siempre son debidos á la población flotante y forastera, y no á los allí establecidos.

Pocos son los que al comercio se dedican, y entre éstos no muchos los que tienen establecimientos de alguna consideración. Entre los últimos, determinadas personas dedicadas á la industria, otras de buena voluntad y algunos extranjeros que mantienen relaciones comerciales con España ó amantes de todo lo útil, se ha formado la

Cámara española de Comercio, secundando la idea generosa del Ministro de Estado.

Con pocos recursos, pero sin pedir ninguno al Gobierno, que se los ha ofrecido; á costa de sacrificios, porque no son acaudalados han logrado sostener ese patriótico pensamiento, han dado multitud de consejos y advertencias á los comerciantes españoles, se han relacionado con las demás cámaras españolas, han contestado á cuantos informes se les han hecho, han dado útiles advertencias, y constituyen una fuente de recursos, para nuestros productores que desconocen el país. Sólo por este concepto es patriótica y levantada la idea, y ha de merecer el aplauso de todas las almas nobles y generosas que inspirándose en altos fines, se sienten con fuerzas para volar, sin miedo á que el polvo del camino embarace sus robustas alas.

Con la creación de la Cámara de Comercio coincide la de nuevas líneas de navegación hispano-marroquí subvencionadas de la Compañía Trasatlántica, empresa respetable, que una vez organizado el servicio, y con buques que reúnan las condiciones del contrato, será una corriente de gran valor para nuestro comercio, y está llamada á obtener grandes resultados para sí misma, si tiene tacto, estudia bien el negocio, y no se deja arrastrar por móviles pequeños. A ella está confiado también el nuevo servicio de correos, que comunica á Tánger tres veces por semana con Cádiz; y otros que llevando la correspondencia á los puertos de la costa marroquí, perfeccionan y mejoran la antigua conducción por peatones.

Estas y otras mejoras, que no perturban en nada la organización política y administrativa de Marruecos, que ni han causado ni pueden causar recelos en las suspicaces potencias extranjeras, se deben al amor con que ha estudiado estas cuestiones el actual Ministro de Estado y an-

tiguo presidente del Ateneo Sr. Moret, de quien no me atrevo á decir lo que ahora se me ocurre por el elevado puesto que ocupa y por estar yo á sus órdenes; aunque por otra parte fuera repetir lo que personas tan discretas y tan amantes de España como vosotros os habréis dicho ya. No sé—porque todo lo humano es perecedero—si todas sus reformas tendrán larga y próspera vida; pero la gloria de haberlas instituido, esa no puede ya borrarse; ni el deseo de inquirir las causas de su desaparición, si alguna desaparece, tampoco.

Existe entre ellas una que me afecta personalmente, la Escuela de Medicina de Tánger, cuya dirección se me ha encomendado, y á la que me llevaron, á falta de otros méritos, por mis aficiones á las cosas de aquel país, quizás por el entusiasmo que me ha dominado siempre y que me hacía abandonar sin pena, un brillante destino, mis relaciones, mi familia y mis gustos, entre los cuales, bien lo saben muchos de los que me escuchan, se encuentra esta casa tan frecuentada por mí, y donde los que como yo nada saben, y aun otros que saben mucho, tanto tenemos que aprender.

Esa Escuela es una institución modestísima, donde adquieren conocimientos médicos elementales y prácticos, los misioneros católicos españoles y los jóvenes marroquíes, que con aptitudes para ello lo soliciten. En el mismo local se ha establecido una consulta pública gratuita, á la que acuden enfermos musulmanes, hasta de puntos lejanos de Tánger. Instrumento de caridad y de enseñanza á la par, que sin grandes sacrificios, ha despertado muchas simpatías á nuestro país y que ha logrado el aplauso hasta de los émulos que España tiene en Marruecos.

Descartando mi modesta personalidad, que podrá ser el único lunar del pensamiento, éste ni es infundado, ni reconoce por origen la calenturienta imaginación de un

idealista. Básase en la experiencia, en el conocimiento exacto de Marruecos, donde la medicina ejerce tanta influencia, y responde á un sentimiento de caridad y muy humano. Conocida es la exposición dirigida á las Cortes, en 1884, por todas las corporaciones y sociedades de valer científico en España, el apoyo que le han concedido todos los hombres políticos de alguna talla, estadistas y oradores insignes. Y no somos nosotros solos á reconocer sus ventajas; en una obra curiosa de Neveu, *Órdenes religiosas en Marruecos*, se decía:

« En 1836 el general conde de la Ruë, encargado de una misión cerca del Emperador de Marruecos estaba en Mequínez y hablaba con uno de los altos dignatarios del imperio de la grandeza de Francia, de sus recursos en hombres, armas, cañones y barcos. Un taleb del Emperador presente en aquella ocasión y que había escuchado en silencio al plenipotenciario francés, respondió: Podríais mucho más con los árabes con *médicos* y *marabuts* que con cañones y fusiles. »

Á la escuela concurren confundidos misioneros y musulmanes; aquéllos y éstos asisten y curan como ayudantes del profesor, á los pacientes que buscan en la consulta alivio á sus dolencias, y se captan el cariño de los reconocidos moros, que en unos y otros ven amigos verdaderos; verdad es que los franciscanos de aquellas misiones han adquirido carta de naturaleza en Marruecos.

Establecidos en el país desde el siglo XIII, desempeñaron su misión, siendo los que primero llegaron víctimas y mártires de su celo religioso. Después de probar que eran capaces de morir por su religión, y de que nada hubieran alcanzado predicando á los infieles, que cerrándoles las puertas, les privarían prestar sus auxilios á los muchos cautivos cristianos que tenían, dedicaron á éstos todos sus esfuerzos, edificando á los musulmanes con el ejemplo ya que no con la palabra. Hacia el año de 1630,

no había quedado ninguno en el imperio; pero la Providencia hizo que un médico natural de Conil y de nombre Andrés Camelo, salvara la vida en una enfermedad al Sultán Abd-el-Malek, y por este servicio consiguió pasasen á la ciudad de Marruecos su familia acompañada por tres misioneros, entre los que se contaba el Beato Fr. Juan del Prado, martirizado más tarde en aquel punto. Los misioneros á fuerza de constancia, de trabajos y resignación, consiguieron con el tiempo ser queridos de los moros, logrando algunas veces que los Sultanes les confiaran misiones cerca de las potencias cristianas. Tuviron casas é iglesias en Fez, Mequínez, Solé, Rabat, Saffi, Tetuán, Tánger y Larache; fundaron hospicios y hospitales, llevando siempre con ellos médicos, boticarios y sangradores, por donde se ve cuán útiles han sido en aquel país los que ejercían la medicina. Fué notable el hospital de Mequínez fundado en 1691, con recursos de Carlos II,—que aun en aquellos tiempos de decadencia, teníamos establecimientos en el corazón del país;— en aquella casa había más de 60 camas, y fueron médicos D. Fernando Picado y D. Bernardo Manzano de Aguilar; y ya que se trata de médicos españoles que fueron al Africa con tan nobilísima misión, citaré algunos de sus nombres entresacados de cédulas y pasaportes expedidos por los Sultanes marroquíes, y que se conservan en los archivos de nuestras misiones. Además de los dichos, recuerdo á D. Andrés Berri, D. Juan Francisco Gutiérrez, D. Manuel Alvarez, D. Agustín Collado, D. José de la Cruz, D. Pascual Estrada y D. Diego Marengo, que á principios del pasado siglo representaron en Marruecos la caridad y la ciencia española. Gloria á esos hombres que sin privilegios, sin protección, con escasa recompensa, no dudaban lanzarse á lo desconocido, guiados seguramente por el amor á la humanidad.

Actualmente tienen los misioneros casas en Tetuán,

Tánger, Larache, Casablanca, Mazagán y Mogador; en todas ellas hay escuelas donde se da enseñanza gratuita á todo el que la solicita, cualquiera que sea la nacionalidad ó religión á que pertenezca. Las de Tánger, sobre todas, merecen mencionarse; asisten á la de niños 130 próximamente, un número un poco mayor á la de niñas; por la noche hay clases para aquellos á quienes el trabajo impide asistir de día, y en ellas se enseña la instrucción primaria, historia, geografía, francés, latín, inglés, árabe, dibujo y música. Las niñas tienen una institutriz irlandesa de mucho mérito para aquellos detalles de educación, que aprenden en Europa solamente las que cuentan con muchos recursos; y al frente de la escuela de instrucción primaria de niños, se halla un maestro superior muy inteligente.

Mucho más podrían hacer nuestros misioneros si contaran con mayores recursos; pero sólo pueden disponer para todos los gastos de la enseñanza de cinco mil pesetas. Lástima grande es que todos sus proyectos en favor de la colonia española, ya construyendo buenas barriadas para obreros, ya creando escuelas de artes y oficios, ya un instituto de segunda enseñanza no puedan realizarse por falta de apoyo moral y material, pues este es el camino por el que la misión puede prestar grandes y meritorios servicios á los ideales que representa. El actual gobierno los ha favorecido mucho, comprendiéndolo así, y ellos por su parte hacen grandes esfuerzos para el fin que se proponen: en sus casas-misiones se dan muchas limosnas, encuentra el español una fuente de recursos de que otros no disponen y es de esperar que siguiendo esa senda, con buenos elementos y discreta dirección den días de gloria á España. Hablando de las misiones no puede menos de citarse el nombre del P. Fr. José Lersundi, su superior, á cuyas órdenes han realizado tantos progresos en estos últimos diez años; como es tan

conocida la amistad que le profeso, y como por su carácter, ni le gusta ni debe agradarle, omito el elogio que merece; pero no debo pasar en silencio un rumor extendido, tal vez por la malevolencia que parece afirmar que él es la única persona de valía en las misiones. Como he tratado mucho á nuestros misioneros, y como por tener el honor de que algunos sean discípulos míos, me sobran motivos para conocerlos bien, puedo afirmar que ese rumor es completamente falso. Bajo los burdos hábitos que cubren é igualan á aquellos frailes, hay inteligencias muy claras; se encuentra en algunos ciencia positiva; en otros tolerancia que prueba su valer; virtud en todos ellos. Modestos, sometidos á la severa disciplina de su regla, no pueden ni deben brillar; por eso pasan desapercibidos, pero yo os aseguro, que si tuvieran elementos, bien encaminados á un fin, harían grandes cosas tan útiles á la civilización como á la patria.

El ocuparme de la misión religiosa, me trae á la memoria la misión militar española, que hace algunos años estudia topográficamente el Mogreb. Compuesta de oficiales escogidos de nuestro Estado Mayor, los trabajos que ha practicado son, según tengo entendido y es lógico deducir, verdaderamente notables, aunque por un exceso de prudencia, quizá exagerado, se hayan limitado hasta el presente á las vías de comunicación más frecuentadas; de esta comisión he de repetir lo dicho sobre los misioneros; más independiente y con más libertad de acción, sería capaz de grandes empresas. Los extranjeros que no temen crear conflictos, y á quienes importan poco ciertas consideraciones, han impuesto sus comisiones militares, con pretexto de instruir las tropas del Mogreb—instrucción que no se ve ni se acaba nunca—pagadas por el mismo tesoro marroquí. Oficiales ó ex oficiales ingleses, y jefes del ejército francés en activo, acompañan al Emperador en todas sus expediciones; otra comisión militar del ejér-

cito italiano, se establecerá muy pronto en Fez, si ya no está establecida, y claro es que unos y otros cuentan con datos y con elementos de que carece la inteligente comisión española que habitualmente reside en Tetuán.

España tiene que guardar una circunspección en Marruecos, que la ha de obligar á grandes sacrificios. Contra lo que es cierto, se ha hecho creer á los marroquíes y á otras potencias interesadas, que España tiene ideas de conquista sobre aquel país, tergiversando los deseos, las aspiraciones y lo que siempre han manifestado nuestros hombres de estado y publicistas. Por nuestra posición geográfica y si no hemos de perder nuestra nacionalidad, no debemos consentir que un pueblo más poderoso sienta sus reales al otro lado del Estrecho, cosa que á la larga haría girones el mapa de la Península; por instinto de conservación el pueblo, el vulgo de la nación lo ha comprendido así y no es extraño que al fin de una guerra tan gloriosa como efímera soñara con ideas de anexión; pero el patriotismo de nuestros gobernantes sin distinción de partidos políticos, ha ido borrando poco á poco esas ideas, que hoy se ven reemplazadas por otras más sanas, más sensatas y más prácticas. ¿Dónde y cuando encontraría España un vecino menos incómodo y menos molesto, que el hoy ocupante de las fronteras playas?

Tampoco es tan fácil conquistar á Marruecos como pudiera creerse: basta hojear la historia para convencerse de ello, recordar lo que costó á un ejército sufrido y valiente como ninguno cruzar los sesenta kilómetros que separan á Ceuta de Tetuán. Hay más: supongamos que un ejército de cien mil hombres, auxiliado por una buena marina se apodere fácilmente de todos los puertos y aun de las grandes ciudades del interior; pero ¿y después? Los grandes ejércitos de Roma, no consiguieron nunca dominar por completo á Marruecos, los mismos árabes pudieron llevar su religión á los indígenas y fun-

dirse con ellos, lo que no es lo mismo que conquistarlos; y hoy mismo se ve, que el Emperador de Marruecos manda en las cuatro quintas partes del imperio más bien como representante del poder religioso, que por el de la soberanía civil. Y por último recuérdese cuánto ha costado y cuesta aun la Argelia á Francia, los millones que lleva enterrados en aquel país, y dedúzcase lo que pasaría en Marruecos poblado por más numerosos indómitos y guerreros habitantes.

Señores: así como se han trasformado nuestras costumbres políticas en el interior; así como han desaparecido —quiera el cielo que para siempre— aquellas exageraciones, que creando odios irreconciliábiles entre hermanos, provocaban trastornos y catástrofes, que desgarraban el país, así también los sueños de conquista sobre Marruecos, si es que los hubo, han experimentado un cambio notabilísimo. Ya no se piensa hoy, por ningún hombre sensato en entrar á sangre y fuego por aquel territorio, imponiendo á sus habitantes nuestras leyes y costumbres con el filo de la espada; pero si no se sueña con utopías tan injustificadas como de realización difícil, se piensa y es idea general en los españoles lo mismo en el que ocupa elevadas posiciones, que en el humilde labriego; lo mismo en el sabio, que en el ignorante; en el general que en el soldado, que es preciso, indispensable, ineludible considerar la independendencia de Marruecos, como nuestra propia independendencia (1).

Y si esto es así; si ese pueblo está tan ligado á nosotros, no ya solamente por los recuerdos históricos, ni

(1) Léase la exposición presentada á las Cortes en 1884 por la Sociedad de Geografía Comercial (antes de Africanistas), donde constan los deseos de las corporaciones que por su talento, su riqueza y laboriosidad valen más en el país; léanse también los discursos de la sesión pública y solemne que dedicó aquella Sociedad á Marruecos, y el resumen que hizo de todos ellos el presidente D. Francisco Coello, que de modo tan terminante robustecen esta opinión.

por otras parecidas circunstancias, sino por la necesidad ¿cómo su suerte nos ha de ser indiferente? ¿Quién puede ambicionar tener por vecino, al que siendo en todo caso más débil, por su ignorancia, por su malestar, por mil y mil accidentes que le acompañan, está expuesto á todas horas á hallarse con conflictos, que le ponen á merced de las rapacidades del ambicioso? ¿Quién puede asegurarnos que las consecuencias que esas causas originen no pueden herirnos? Y creo que bastan estas preguntas para demostrar que el interés que Marruecos despier- ta en España y el derecho que tenemos para intervenir amistosamente en sus asuntos están sobradamente justificados.

Y que no se diga que España, por su situación no puede tener aspiraciones, ó que debe limitarlas á conservarse, en el revuelto mar que agita en estos momentos la política del mundo; porque para el caso—ya queda dicho—las complicaciones y trastornos que en el territorio del Mogreb se verifiquen, es lo mismo que si en España tuvieran lugar. Y no olvidemos con cuánta razón, con qué patriotismo dice el insigne hombre de estado, Sr. Cánovas del Castillo, inspirado por el profundo sentido político que le distingue: «¡Ay de las naciones donde se pese ó cuente el precio de la gloria, donde los ejércitos escatimen su sangre, donde los pueblos regateen su dinero cuando se trate de grandes intereses morales ó de grandes intereses futuros.» Verdad es que somos débiles, que estamos mal organizados, que no podemos alardear mucho; pero nuestra situación ni es tan precaria, ni nuestra debilidad tan grande, como entre algunos es costumbre suponer. Y hay que hacer una diferencia entre el hombre de gobierno que, como el Sr. Cánovas, señala previsoramente el mal para aplicar el remedio oportuno, y entre el hombre pequeño, de alma mezquina, de raquíptico valor, que juzgándolo todo por sí

mismo, no cree en la vitalidad de esta noble y heróica España, que encierra en su seno tesoros de energía y de constancia, tanto mayores cuanto es más grande la adversidad; que con un puñado de hombres aterra á la potente Roma, y hace temblar á sus legionarios; que reducida á un pequeño número de habitantes arrinconados en Asturias, lucha y lucha por espacio de ocho siglos hasta reconstituir una nacionalidad, que impone sus leyes al mundo entero; que se ve casi repartida á la muerte de Carlos II y se levanta; que sin soldados, sin organización, sin nada resiste al coloso de los guerreros y ¡que más! porque la España de hoy es la España de siempre, que en las terribles escenas de estos tiempos, en las que todos hemos sido actores ó testigos, la vemos sostener á la vez tres guerras civiles, luchas fratricidas sangrientas, encarnizadas y destructoras, que hubieran aniquilado á la nación más fuerte de Europa, y que sin embargo, esta pobre, esta infeliz, esta impotente España ha sabido sostener, encontrándose á los pocos años, por el patriotismo y por la sensatez de todos á mayor altura, que en lo que corre del presente siglo.

Malas, muy malas, son siempre las exageraciones; pero; ¿qué idea se formaría de aquel desnaturalizado hijo que con cualquier pretexto, pusiera de relieve las faltas de su madre, que dudara de su virtud, que no confiara en honradez? ¿Y acaso no es más; no debe representar más que la mujer que nos dió el ser, la bendita idea de la patria, ese conjunto de intereses y de afecciones que confunde á los hombres en unión estrechísima; que encierra los recuerdos del pasado y las esperanzas del porvenir, que empieza á germinar en el niño, cuando en el fondo del hogar escucha de los temblorosos labios del abuelo, las gloriosas tradiciones, que más tarde, allá, en la senectud, cuando la sangre no dé ya calor á sus ataridos miembros, han de hacer palpitár su corazón, en-

contrando en su recuerdo nuevas energías, al relatarlas á su vez el nietezuelo en quién se ve reproducido; porque la idea de la patria no sólo es la representación del terruño donde nacimos, son los padres, la esposa, los hijos, los amigos, el idioma, las costumbres, todo; por eso entre el que pondera sus grandezas—aunque mal haga—y el que la desmenuza exagerando sus miserias, la elección no es dudosa: el primero podrá ser un visionario que será capaz de algo grande; el segundo es un miserable del que no se puede esperar nada.

HE DICHO.



considerando en su momento oportuno, al respecto de
se ver el momento en que se va a producir, por lo
que la ley de la patria y la ley de la representación
no donde nacimos, con la patria, la ley de la
la patria, el idioma, las costumbres, el modo de
el que podemos ser ciudadanos—según el caso—
que la ley de la patria, la ley de la representación
se es de la ley de la patria, la ley de la representación
según la ley de la patria, la ley de la representación
que puede ser una ley.

La ley

Este folleto se halla de venta en todas las librerías al precio de **UNA** peseta.